
INFRAESTRUCTURA DEL CINE VENEZOLANO

Francisco Tremontti

LA PRODUCCION NACIONAL:

Es de todos sabido el hecho de que el Cine Nacional ha tenido un nacimiento sietemesino, prolongándose sus crisis año tras año, sin apariencia de una solución definitiva a corto o mediano plazo. El problema es complejo, dados los diversos y variados factores que inciden en su planteamiento.

En primer lugar, no existe una Industria Cinematográfica Nacional por así decirlo, sino que nuestra producción cinematográfica se ha limitado a esfuerzos aislados, con un mayor éxito y calidad. Esto significa, además, que al no haber una producción cinematográfica estable, tanto el personal técnico, como todos los servicios principales o secundarios que participan de la actividad cinematográfica se verán seriamente afectados en su calidad, extensión y profesionalidad. Esto último si dichos servicios existen en nuestro país. Sin embargo, la falta de una infraestructura cinematográfica industrial no justifica, ni disminuye la responsabilidad de Laboratorios, estudios de sonido, etc., para la desidia y falta de atención profesional y técnica de las películas y cortos venezolanos.

Al no haber una Industria, con la consiguiente formación de técnicos, directores, guionistas y actores propios para el cine —al margen de la industria televisiva— la producción de una película venezolana se constituye de por sí en un negocio sumamente riesgoso. A nadie le gusta meter su dinero en un saco que no sabe si le va a romper, con lo que no pueda recuperar al menos su inversión. Existen buenas ideas, ambiciosas, capacidad humana, sensibilidad . . . pero a la hora de presentar un proyecto cinematográfico el cineasta venezolano, cineasta y productor al mismo tiempo, se tiene que buscar su dinero a base de créditos personales, amigos, etc., si es que quiere ver sus ideas plasmadas en una película proyectable. La falta de créditos para el cine es sintomática de la infancia cinematográfica industrial en que nos encontramos. Esto último hace que las producciones venezolanas funcionen a base de un presupuesto mínimo, que va a incidir posteriormente en la contratación de personal deficiente, tanto artístico como técnico, servicios auxiliares, etc, para la buena calidad de su película. Habría que añadir en este punto la inexperiencia de nuestros directores, actores, guionistas, técnicos, etc., que llegan al largometraje sin haber tenido una experiencia seria en industrias paralelas de cortos, series fílmicas para televisión y afines, como sucede en otros países con un desarrollo cinematográfico más adelantado y estable.

En tercer lugar, nos asomamos a la tan discutida comercialización de nuestras películas: distribución y exhibición. El mercado cinematográfico venezolano es un mercado realmente pequeño, aun para las películas extranjeras. Para colmo de males, las películas venezolanas tienen que luchar con el duopolio de exhibición y distribución, que últimamente tiene una marcada tendencia a convertirse en monopolio de dos o tres firmas importantes.

Los cines, así como las películas están clasificados por categorías (A, B, C.). Hay cines de estreno, cines de reposición y también salas de tercera categoría. Cada circuito posee varios cines en cada apartado. Las Distribuidoras de películas a nivel mundial ponen sus exigencias para las películas que envían a Venezuela. Estas casas tienen que cuidar no solamente su inversión en el film, sino también su nombre y prestigio; para sus películas de categoría "A" exigen no sólo un porcentaje de taquilla, sino también su colocación en un cine de "estreno" por un determinado número de semanas. Los criterios usados para la catalogación del film depende del nombre de los actores que intervienen, de la dirección, tema, etc., o un conjunto de todos ellos. La distribuidora mundial exige, además, la compra de un paquete, al que van incluidas películas de todas las categorías. Si no se cumplen todas sus peticiones . . . simplemente no envían más películas buenas, quedándole al distribuidor local el repelle de todo lo que sobra a la Distribuidora internacional. Lo que a primera vista pudiera parecer una maldad de las grandes empresas no lo es tanto en realidad si se piensa que se realizan muy buenos negocios por parte y parte.

El problema para las películas venezolanas surge cuando las Distribuidoras (dueñas al mismo tiempo de circuitos de cines) tienen copada su programación, sobre todo en cines de estreno, por compromisos con distribuidoras del exterior. Entonces no hay un lugar apto de estreno para nuestro cine. Lo que a primera vista parece lógico no lo es tanto si se toma en cuenta el hecho de que dicha programación de cines, tanto del área metropolitana, como del interior, se puede prevenir a tiempo, cumpliendo con el compromiso moral y comercial que los distribuidores-exhibidores han contraído con el país y el cine venezolano.

Lo que sucede a veces es que sólo interesa el rendimiento económico, por encima del progreso y desarrollo de nuestro propio ser venezolano. Se ha aludido con mucha frecuencia que el cine venezolano no es rentable, por lo que los distribuidores —con muy escasas excepciones— lo catalogan en categorías ínfimas. Es cierto que el bajo rendimiento económico sucede cuando no se ayuda bajo ningún sentido a que la calidad de nuestro cine mejore, cuando se le programa mal y se le distribuye peor.

Todo esto hace que el cine venezolano, generalmente con una temática demasiado localista, de mala calidad técnica, sea hoy por hoy una inversión suicida, o poco menos, para la industria privada. Es cierto que nuestro público, seducido por alternativas más agradables y mejor realizadas, no acude a taquilla con la suficiente frecuencia como para salvar nuestras películas, que dependen económicamente precisamente de eso, siquiera para poder subsistir. El Estado Venezolano —principal propulsor económico en un pasado reciente del cine nacional— viene retrasando con nuevas promesas la concesión de créditos a corto y largo plazo para reforzar el hasta ahora enclenque y débil cine venezolano. Una de las muchas consecuencias de esta paralizante actitud oficial ante la industria cinematográfica es también la paralización correspondiente de la producción nacional: Se oyen rumores entre cineastas de que ¡por fin! el Estado va a comenzar muy pronto con su nueva política crediticia a los productores independientes. Algunos cineastas, inclusive, han gestionado con bancos capitalinos la pronta y rápida tramitación de dichos créditos. Nuestra actitud tiene que ser, al menos por el momento, "ver para creer". La producción nacional necesita una pronta solución a sus problemas de financiamiento, especialmente en un momento en que comienzan a surgir nuevas temáticas, más amplias, más universales, en un cine nacional que va madurando lentamente, pero con seguridad.

MALA REALIZACION TECNICA: ¿por qué?

Por desgracia es un hecho cierto que las películas venezolanas, producidas hasta la fecha,

tienen o, mejor dicho, carecen de una realización técnica de calidad mínima aceptable. Es cierto que el sonido directo es malo, que en la proyección el color cambia con cada rollo, que hay defectos en la iluminación, fotografa, planos de sonidos inexistentes, montaje, dirección y realización deficientes, escasa capacidad de actuación cinematográfica en los actores, etc.

Es sin duda éste uno de los flagelos que ha venido azotando al cine venezolano desde su nacimiento. En opinión de cineastas amigos y en la mía propia, hay dos razones principales, sin que quieran ser las únicas, para explicar un poco la situación en que se encuentra el Cine Nacional a éste respecto. Estas dos causas son, en particular, el subempleo a que están sometidos los cineastas y personal técnico venezolano, junto con la desidia y mala atención de los laboratorios y facilidades técnicas en el país.

El Subempleo en el Cine Nacional.

El Largometraje tiene de por sí un lenguaje y una técnica que le son propios y característicos. Sería difícil exigir de nuestros cineastas y técnicos venezolanos una experiencia larga y de altura si muchos de ellos, para comenzar, no intervienen en uno o dos años en una película. Es grave la falta de aliciente en la profesión. En este momento no tenemos una escuela de Cine que pueda llevar el nombre de tal, con lo que se limita la formación de nuestros cineastas y técnicos a esfuerzos esporádicos en el exterior, formación profesional muy distinta al mercado y necesidad del cine nacional en el país.

Unido a todo esto viene la inestabilidad económica que esto supone para los trabajadores cinematográficos en Venezuela. Actualmente, en general, la producción de una película supone más gasto que ingreso, por lo que ningún cineasta o técnico venezolano puede vivir decentemente de su profesión, sino que se tiene que dedicar a otras actividades colaterales, como televisión, publicidad, etc. En la actualidad existen más de 750 profesionales del cine inscritos en el Sindicato, cineastas, fotógrafos, guionistas, camarógrafos, actores, etc., de los cuales un máximo de 400 intervienen de alguna manera en un largometraje al año, y esto solamente durante un mes o dos como promedio.

Es imposible, por lo tanto, proporcionar a nuestros trabajadores cinematográficos un aprendizaje y experiencia acordes con su profesión. En otros países con un cine más desarrollado y una industria más pujante los jóvenes directores, fotógrafos, etc., entran a formar parte del equipo de miniserias filmadas para la televisión, cortos educacionales, etc., hasta llegar a ocupar un sitio en la producción nacional de largometrajes, al que llegan ya con una experiencia consolidada. Nada de esto se puede encontrar en nuestro país.

Es sumamente extraña, también, la situación de nuestros actores, directores y técnicos, que trabajan para la televisión y publicidad. El hecho por demás innegable de que la producción televisiva nacional es de ínfima calidad tiene su repercusión en el personal técnico y artístico envuelto en su realización. Se deforman los estilos, se baja el mínimo standard de calidad y se adquieren una serie de defectos artísticos y de lenguaje de carácter crónico, casi imposible de erradicar. Es fácil de imaginar lo que sucederá cuando los actores y técnicos de Radio Rochela se trasladan a un set cinematográfico para filmar una película. Exactamente sucede con la producción nacional de teatro, producción de autores venezolanos o extranjeros, basada en comedias u obras fáciles, rellenas con actores de televisión.

En otro aspecto, la producción de cortos publicitarios sí mantienen un gran nivel de calidad. Sin embargo, como todos los géneros cinematográficos, el corto publicitario mantiene un lenguaje y estructura que le son propios, logrando su objetivo a cabalidad. Es esto último, por

necesidades económicas, a lo que están más acostumbrados nuestros cineastas y técnicos venezolanos. El querer trasladar este bagaje profesional y cultural a un largometraje supone un gran handicap para el cine nacional.

Todo este panorama nos fuerza a mirar de nuevo al Estado Venezolano, quien es el único que puede afianzar la endeble estructura de la Industria Cinematográfica Nacional. En la Ley de Cine introducida al Congreso se contemplan varias posibles soluciones a nuestro problema. La primera es aumentar el cupo de exhibición de las películas nacionales y garantizar su cumplimiento. Esto último es algo que se viene haciendo en otros países Latinoamericanos, como Colombia, con notable éxito para la industria cinematográfica nacional. En segundo lugar, además de exigir una temática y realización de mejor calidad, el Estado tiene que incentivar una política más audaz para encontrar más y mejores mercados para nuestras películas en el exterior. Y en tercer lugar, crear estímulos y facilidades crediticias a la industria cinematográfica para garantizar un mínimo de seguridad económica para nuestros productores. El Estado Venezolano tiene la palabra.

Laboratorios y Facilidades Técnicas:

Otro de los problemas de nuestro cine es el pobre servicio que ofrece la infraestructura llamada de "servicios cinematográficos", laboratorios y afines. Actualmente existen cuatro laboratorios de revelado de película en el país: Bolívar, Tiuna, Caribe y Futuro Films. Por otro lado, el Gobierno obliga a que el 50% de las películas importadas sean copiadas dentro del país para su distribución. En el caso de los productores independientes nacionales, así como para distribuidores independientes, la obligación alcanza en la práctica al 100% del copiado de sus películas. Todo este volumen de copias se lo reparten entre los cuatro laboratorios disponibles para ello. Al mismo tiempo, varios de estos laboratorios producen y realizan sus propios "noticieros", distribuidos exclusivamente en los cines de la capital y el interior del país. En otras palabras, no tienen competencia, como también está claro que no les interesa el largometraje nacional, ya que no constituye su sustento semanal, ni mucho menos. Es cierto, para ser honestos, que alguno de estos laboratorios ha participado como co-productor en varios films venezolanos, como Tiuna y Bolívar Films, colaborando en la parte de revelado, sonido, copiado, etc. Sin embargo, esto no ha sido suficiente para librar al cine nacional de los males técnicos que le aquejan, manteniendo prácticamente a los cineastas venezolanos impotentes ante el hecho. Hay una contradicción, al menos aparente, entre las declaraciones de los presidentes de dichos laboratorios, quienes afirman tener el equipo más moderno de Latinoamérica, y el producto que sale de sus laboratorios, al menos en lo que se refiere a películas venezolanas.

Se comienza por el mal y poco cuidado mantenimiento de los equipos, si es que se utilizan los mejores para nuestras películas. Esto hace que incluso negativos, imagen y sonido, mezclados y revelados en el exterior con perfección se maltraten y se distorsionen al hacer el copiado en el país. Otras veces los negativos entregados al laboratorio se revelan a continuación y en los mismos líquidos que los "noticieros" semanales, etc. Estos mismos negativos originales se rayan, se maltratan y se cortan mal en el departamento de montaje, etc., etc., inclusive obligando al cineasta, con recursos limitados, a repetir alguna o algunas tomas. Esto sin contar el cambio de tonalidades de color a voluntad entre rollo y rollo. No es solamente la utilización de personal suficientemente especializado (a veces el personal auxiliar y de limpieza participa en el proceso de manejo de las máquinas), sino el interés inexistente por ofrecer un buen trabajo y una buena calidad a nuestros productores cinematográficos de largometraje. Después de todo este panorama

ma, se podría decir que los laboratorios nacionales tratan por todos los medios de hundir al cine nacional, de que no se desarrolle, ni pueda hacer sombra en el mercado interno al que viene importado del exterior. Es algo como para ponerse a pensar.

Si nos referimos a otros tipos de servicios cinematográficos, fuera de los grandes laboratorios, hay solamente tres compañías que ofrecen facilidades para elaboración de sonidos, títulos y dibujos animados. De entre ellos, Minerva Films es quizás la mejor en cuanto a equipos técnicos para el procesamiento y grabado de la banda sonora de la película. Con todo, nos encontramos en estos estudios, dedicados mayoritariamente a la realización de cortos publicitarios, los mismos o parecidos defectos a que aludíamos antes. Es muy difícil lograr de un técnico en estas circunstancias la necesaria mezcla y diferentes planos de sonido que requieren el tratamiento de un largometraje. También es cierto que la grabación de sonido directo, en exteriores, que llega a veces al laboratorio es tan mala que es casi imposible sacar algo bueno de ella. Últimamente se van corrigiendo poco a poco estos defectos inherentes a la falta de experiencia y de preparación técnica.

Sumado a la insuficiente preparación técnica y la desidia del personal de laboratorios y estudios tenemos el hecho de que, debido a la falta de la necesaria competencia, los precios que piden dichos laboratorios por su material y servicios son onerosos e insostenibles muchas veces para los productores independientes venezolanos. Un cineasta amigo me contaba que para ellos es prácticamente igual desde el punto de vista económico el agarrar sus rollos de negativo y su sonido originales y marcharse a New York una semana a realizar el proceso completo original de su película. Esto último, además, con la garantía de que el revelado de negativo y el procesamiento de la banda sonora iban a quedar bien realizados. Caba señalar que esta práctica está tomando cada día más auge entre los productores independientes venezolanos.

Estos son, a vista de pájaro, los principales problemas por los que atraviesa el actual cine de producción nacional. No tocamos aquí otros aspectos de la rama de servicios cinematográficos, como la industria de alquiler de equipos de filmación, sonido e iluminación, con los mismos defectos técnicos y de mantenimiento de que hablábamos antes, por no constituir una pieza fundamental en el rompecabezas que tenemos entre manos. El cine es un medio ambiguo de expresión, ya que es negocio y arte al mismo tiempo. Está demostrado que el idealismo no quita el hambre, por lo que tenemos que saber balancear ambas cosas. También está claro que la industria privada del ramo no lo va a hacer (sólo negocio), por lo que tiene que ser el Gobierno Venezolano el que promueva, exija calidad a la industria de servicios, e incentive el desarrollo de la Industria Cinematográfica Nacional. Ellos tienen la última palabra.

